

## Margarita, “una de tantos” (Fl 2,7)

Cuando se te pide compartir lo que ha supuesto la relación con una persona a lo largo de la vida y transmitir lo que has recibido de ella, no es tan fácil. En gran parte, lo más valioso que recibimos no sabemos cómo describirlo, porque ha sido algo inconsciente, algo que, sin saberlo, se ha incorporado a uno. No se trata de hacer un ‘panegírico’, sino de saber desentrañar lo que la existencia de dicha persona ha dejado en la propia vida, aquello que, de no haber contado con su presencia, desaparecería de nosotros.

Siempre podemos aportar la huella que han dejado en la propia vida personas valiosas que nos rodean. Pero esto, en el caso de Margarita, tiene un carácter muy peculiar. Lo que nos ha dejado -en mi caso, al menos-, parece no tener entidad en sí, y, sin embargo, ha sido lo que más agradezco de ella. Más aún, nos enteramos después de haberlo disfrutado a lo largo de la vida de una manera casi imperceptible. He aquí lo que yo resaltaría de Margarita:

**Margarita no fue una persona deslumbrante** -quien ‘deslumbró’ ciega a todos los que le rodean-.

En efecto, es lo que empiezo por resaltar. Pasaba desapercibida, pero estaba siempre presente con sus silencios, acompañados con una sonrisa y aquel ‘encogerse de hombros’ tan peculiar suyo. No era ‘brillante’, y le crispaba todo lo que oliese a algo tan ‘irrenunciable’ en el contexto que nos rodea. No son ‘frases profundas’ las que nos ha dejado, lo que agradecemos es su **vida** o, mejor dicho, su manera de ir por la vida.

En efecto, la persona ‘deslumbrante’ entusiasma, desencadena adicción, pero anula y entontece. Margarita no anuló a nadie y, menos aún, la acomplejó, pero siempre interpelaba acogiendo -nunca imponiendo-, porque ha sido su postura en la vida lo que agradecemos. Y eso, no ha sido motivo de discusión, estaba ahí, y sabíamos que iba a seguir estando.

En ella descubrí el trasfondo más profundo que nos dejó **Carlos de Foucauld**. Ser el ‘hermanito universal’, no por su ‘valía’, sino por su **accesibilidad**: ser ‘uno de tantos’ cuya única peculiaridad era saber que se podía contar con él sin ser imprescindible. Esto es lo que encarnó Margarita, lo más opuesto a cualquier ‘ideología’, porque sólo con la vida se trasmite.

Y aquí quiero aludir a un riesgo corriente en nuestras motivaciones: vivirlas teóricamente -¡desde la ‘opción’!-, mientras la propia vida va por donde puede. Esto en ella no fue así. Su **coherencia** no fue un ‘propósito’, sino un ‘conocimiento interno’, por usar un término clave en los Ejercicios Espirituales -el otro referente importante en su vida: **Ignacio de Loyola**-. En efecto, lo que hoy llamamos ‘inserción’ nunca fue en ella una tarea pendiente, sino una realidad vivida y compartida con sus vecinos. Era tan connatural, que se podría decir que ‘*su mano izquierda no sabía lo que hacía la derecha*’ (Mt 6, 3), y que resistió todas las peripecias sufridas: siguió siendo ‘hermanita’ sin aspavientos de ningún tipo.

Y aquí tengo que aludir a otra importante dimensión de su vida: acompañar el proceso de EE. A ella le vino ‘como anillo al dedo’. Resulta que san Ignacio exige que dicho acompañamiento se haga sin el menor protagonismo -nunca habla de ‘Director’ de Ejercicios

sino del que 'los da'. Esto, que a lo mejor a muchos nos resulta un problema complicado, ella lo vivía con toda naturalidad.

Nunca dirigió nada; acompañó sencillamente, sin pretensiones de encontrar la 'respuesta' maravillosa y, menos, la solución definitiva. ¡Cuántas personas acudían a ella para compartir su impotencia, a lo que ella respondía con una sonrisa, también impotente! Nunca percibí en ella la secreta convicción que tantas veces nos invade a la mayor parte de los humanos: "Menos mal que he llegado yo", "La suerte que has tenido conmigo". ¡Compartía impotencias!, que no es poco.

Y una de sus grandes impotencias fue el tozudo linfoma que la acosó a lo largo de los años y al final pudo. Personas que la acompañaron es este penoso enfrentamiento con la enfermedad me comentaban "*su gran capacidad para estar equilibrada en ella, su serenidad ante lo que acontecía...*", es decir, su sencillez para afrontar lo 'tremendo' sin aparatosidad, sin sucumbir, pero tampoco angustiar a los que la acompañaban.

Los verdaderos símbolos no se buscan, se dan. Pues bien, para mí, en esta etapa final de su vida surgió un símbolo que sintetiza lo que vivió toda su vida: la sencilla cotidianidad. En efecto, terminó pelando 'papas', algo tan imprescindible en nuestra dieta cotidiana.

Y es que en la cotidianidad no hay 'brillantez', sólo puede haber hondura, y la hondura se da cuando nos ponemos en juego como totalidad, como personas. Y esto, sólo es posible en la relación personal profunda, que es lo que ella vivía en su seguimiento al '*Verbo eterno... así nuevamente encarnado*' (EE 109) en todos y cada uno de los que la rodearon. Esto es lo que nos dejó.

¡Gracias, Margarita!

Adolfo Chércoles SJ